

dió consigo en la arena. Como suele, por el soplo del zéfiro agitada, encrespase la mar, y á las orillas que verdes ovas cubren, azorado salta ligero el pez, pero las negras olas le cubren luego; tal entónces, herido el fuerte Eurialo, en el polvo dió terrible caída; mas Epeo, por las manos asiéndole, al instante de la tierra le alzó. Le rodearon sus amigos despues, y por el medio del circo le llevaron; y arrastraba el mísero los piés, y de la boca sangre arrojaba turbia. Sobre el hombro la cabeza caída, y delirante, rodeándole todos, á su tienda la condujeron recogiendo al paso la prometida reluciente copa.

Aquiles luego del tercer combate, la peligrosa lucha, á los Aquivos mostró los premios. Trípede anchuroso, que el mayor fuego resistir podía é igualaba el valor de doce bueyes, ofreció al vencedor: hermosa esclava, en toda clase de labores diestra y que sólo valía cuatro bueyes, tambien depositó para el vencido. Alzóse luego en pié, y á los Aqueos dijo en sonora voz: «Los que en la lucha »ejercitarse quieran, se levanten.»

Dijo: y alzóse el corpulento y fuerte Ajax de Telamon, y alzóse Ulises, que, fecundo en ardides, esperaba con el arte vencer. Las vestiduras desnudándose, pues, se acomodaron el ancho ceñidor; y á la palestra salido habiendo, con estrecho nudo enlazaron sus brazos vigorosos como se enlazan las enormes vigas de alcázar régio, que acomoda y une artífice perito porque puedan resistir de los vientos al embate. Así estrechadas ya las fuertes manos de los dos campeones que en la arena uno al otro querian derribarse, sus costillas sonaban, y copioso sudor de todo el cuerpo les corria, y los costados y robusta espalda de ennegrecida sangre numerosas manchas ya les cubrian; pero el triunfo

alcanzar deseando y el hermoso trípede, del dolor no se curaban. Y así por largo tiempo la pelea continuó, sin que pudiera Ulises á su contrario suplantar y en tierra derribarle; y tampoco Ajax podia, porque el vigor de Ulises lo estorbaba. Mas cuando ya de la indecisa lucha á cansarse los Griegos comenzaron, Ajax á Ulises dijo: «O me levanta »en vilo tú, ó permite que el primero »yo te levante, y la victoria Jove »dará despues á quien le fuere grato.»

Dijo, y á Ulises levantó en el aire; pero no se olvidó de sus ardides el hijo de Laertes. Y en la corva le dió con su talon tan recio golpe, que tenerse de pié ya no pudiendo cayó de espaldas, y tambien Ulises cayó sobre su pecho, y admirados y atónitos quedaron los Aquivos. Alzaronse, y Ulises el segundo hizo perder á su contrario tierra; pero tan poco, que tenerle en alto no pudo y se doblaron sus rodillas, y ambos juntos cayeron en la arena cerca el uno del otro, y polvo mucho cogieron que sus rostros afeaba. Y por tercera vez, ya levantados volvieron á luchar, si el mismo Aquiles no lo estorbara alzándose, y diciendo:

«No más ya combatais, ni con los golpes »os maltrateis; que vencedores ambos »en la lucha quedais, é iguales premios »ambos alcanzareis. Dejad el circo »para que otros Aqueos se disputen »la palma en la carrera.» Así decia, y al escuchar su voz obedecieron; y limpiándose el polvo, los vestidos volvieron á tomar y se asentaron.

Despues Aquiles al que más ligero el estadio corriese una brillante urna ofreció de plata que cabia seis medidas de vino, y en belleza á todas las del mundo aventajaba. De Sidon los artífices famosos mucho en ella esmerándose la hicieran, y los Fenicios por el ancho ponto á vender la llevaban, y en los puertos en venta la ponian; mas llegados

á Lémnos, á Toante se la dieran en dádiva preciosa; y á Patroclo, de Licão en pago, el Rey Euneo la entregó. Y de su amigo al celebrarse las exequias ahora, al que de todos con sus ligeros piés en la carrera vencedor fuese la ofrecia Aquiles, y un corpulento buey al que llegase á la meta segundo, y al tercero medio talento de oro. Y de la silla alzóse y dijo: «Los que hacer alarde »de sus ligeros piés quieran ahora, »y los premios ganar, su asiento dejen.»

Alzaronse á su voz Ajax de Oileo, famoso corredor, el cauto Ulises, y Antíloco de Néstor, que vencía con sus ligeros piés en la carrera á los jóvenes todos. Colocados en línea ya, de la carrera Aquiles la meta les mostró. Los tres salieron de la barrera juntos, y á los otros Ajax se adelantó; pero de cerca Ulises le seguía. Cuan cercano al pecho está de la mujer el huso, que ella revuelve sin cesar ligera, cuando de la madeja devanando está el ovillo, y en su pecho afirma el extremo del huso; tan de cerca á Ajax seguía Ulises, anheloso siempre corriendo. Y en la huella misma que Ajax hiciera, la robusta planta ántes ponía Ulises que de nuevo el polvo la cubriese; y la cabeza, siempre corriendo fácil, le mojaba con su aliento. Aplaudian los Aquivos todos al ver que con tenaz porfía así al premio aspiraba prometido al vencedor; y en clamorosas voces más y más le animaban. Cuando cerca estaban ya del término, en secreto dijo á Minerva Ulises: «Mi plegaria »escucha, Diosa, y ligereza infunde »á mis piernas y piés.» Oyó benigna Minerva su demanda; y más ligero hizo su cuerpo todo y á sus piernas nuevo infundió vigor, y aún á sus manos dió más agilidad. Y cuande estaban casi en la meta ya, y ambos creian el premio conseguir, hizo la Diosa que Ajax en unas hierbas resbalase

todavía manchadas con el fiemo de los toros que Aquiles inmolara sobre la pira de Patroclo. En tierra Ajax cayó, y la boca y las narices de lodo se llenó; y el primer premio, la urna de plata, el astucioso Ulises, que delante pasó, recibió ufano. Y Ajax tomando el buey y de las astas con las manos asiéndole, decia, la inmundicia limpiándose, á los Dánaos:

«¡Triste de mí! que resbalar me ha hecho »la misma Diosa que de tiempo antiguo, »cual madre cariñosa, siempre á Ulises »asiste y favorece.» Así decia: y todos los Aquivos, al mirarle cubierto de basura, dulcemente sonreian. Antíloco el postrero de los premios llevó, y al recibirle dijo riyendo á los Aquivos todos:

«¡Amigos! ya sabeis, y repetirlo »quiero yo, que á los Dioses inmortales »hasta en los juegos amparar es grato »á los de más edad. Ajax me lleva »muy pocos años; pero el buen Ulises »á la edad anterior ya pertenece »y á los hombres antiguos; y aunque viejo, »aún el vigor conserva, y muy difícil »á cualquiera sería de los Dánaos »la palma disputarle en la carrera; »solo Aquiles podría.» Así elogiaba al afamado corredor Aquiles Antíloco su amigo; y en respuesta le dijo aquel, y cariñosas voces:

«¡Antíloco! no en vano esa alabanza »de tu boca salió: medio talento »de oro yo añadiré porque le juntes »tú con el otro medio.» Y al decirlo se le puso en la mano, y él gozoso le recibió. Despues tomando Aquiles una lanza, y un yelmo, y un escudo, armas que á Sarpedon quitó Patroclo, y en el medio poniéndolos del circo, en alta voz decia á los Aqueos:

«Los dos más valerosos campeones »quiero yo que este premio se disputen »vistiéndose las armas y empuñando »su lanza puntiaguda, y que á la vista »de todos hagan del valor alarde. »Del que primero á su rival hiriere »la armadura pasando con su lanza,

»y el cútis le rasguñe y roja sangre
 »le haga verter, la espada cortadora,
 »que artífices de Tracia fabricaron
 »y con clavos de plata guarnecido
 »el puño tiene, y fué de Asteropeo
 »y yo se la quité dándole muerte,
 »digno premio será. Las otras armas
 »entre los dos rivales repartidas
 »deberán ser, y espléndido convite
 »en mi tienda también ofrezco darles.»

Alzóse alegre el corpulento y alto
 Ajax de Telamon, y Diómédes
 se alzó también; y fuera de la turba
 los dos se retiraron para armarse.
 Y armados ya, volvieron deseosos
 ambos de combatir, y con miradas
 torvas amenazándose; y al verlos,
 se consternaron los Aquivos todos.

Cuando ya estaban cerca y el combate
 empezaron, tres veces se embistieron,
 y tres veces en vano con sus lanzas
 intentaron herirse. Recio bote
 dió Ajax por fin en el escudo plano
 de su rival, y le pasó: en la carne
 no penetró la punta de la pica;
 que la coraza lo estorbó. Diómédes,
 del anchuroso escudo por encima,
 con la aguzada punta de su lanza
 de Ajax buscaba el vigoroso cuello,
 herirle deseando. Los Aquivos,
 de Ajax temiendo por la vida todos,
 les mandaron cesar, y que los premios
 con igualdad partiesen; pero Aquiles
 á Diómédes la espada cortadora
 dió, del hermoso tahalí pendiente.

Puso despues Aquiles una grande
 bola de hierro sin bruñir, que el bravo
 Etion otro tiempo despedía
 con poderoso brazo; pero muerto
 por el valiente Aquiles, en sus naves
 entre muchos riquísimos despojos
 la bola este llevó. Mostróla entónces
 á los demas Aqueos, y les dijo:

«Álcense los que quieran de su brazo
 »la pujanza mostrar. El que venciere,
 »aunque estén de poblado muy distantes
 »y de larga extension sus campos sean,
 »harto hierro tendrá con esta bola
 »por más que de ella siempre esté partiendo
 »cinco cabales años; ni por falta

»de herramientas quinteros y pastores
 »irán á la ciudad.» Así decia
 Aquiles, y á su voz se levantaron
 Lëonteo y el bravo Polipétes,
 en la fuerza á los Dioses comparable,
 y Ajax de Telamon, y el fuerte Epeo.
 En fila colocados, la gran bola
 tomó Epeo: y el brazo vigoroso
 con cuanto esfuerzo pudo rodeando,
 no léjos la arrojó; y al ver la fuerza
 que hizo para arrojarla, los Aquivos
 todos reian. La tiró segundo
 el bravo Lëonteo: y con la mano
 Ajax de Telamon lanzó robusta
 el tercero la bola, y las señales
 todas pasó de los primeros tiros.
 Mas cuando ya al forzado Polipétes
 arrojarla tocó, tanta ventaja
 sacó á los tres primeros cuanto mide
 la longitud á que el vaquero arroja
 por encima de toda la vacada
 el ligero cayado, cuando quiere
 llamar alguna res que se extravía.
 Vencedor le aclamaron los Aquivos;
 y alzándose los fieles escuderos
 del bravo Polipétes, á las naves
 el premio de su Príncipe llevaron.

Negro hierro despues ofreció Aquiles
 por premio al que más hábil disparase
 con el arco las flechas. Y en el circo
 diez grandes hachas de cortar madera
 y otras diez más pequeñas colocadas,
 mandó que lejos en la tierra dura
 un mástil de navío se fijase,
 y que de él una cándida paloma
 con delgado cordel ataran firme
 de un solo pié; y á los archeros dijo
 que al ave dirigiesen las saetas,
 añadiendo: «El que hiera á la paloma
 »tome las grandes hachas, y por premio
 »á su tienda las lleve. El que la cuerda
 »á herir acierte sin tocar al ave,
 »como más inferior, reciba solo
 »las diez hachas pequeñas.» Así dijo,
 y al escuchar su voz se levantaron
 Teucro de Telamon y Meriões:
 y echadas en un yelmo las dos suertes,
 saltó primera la de Teucro. Ufano
 el jóven, con vigor la aguda flecha
 pronto lanzó sin ofrecer primero

escogida hecatombe de primales
 al flechador Apolo. Este, ofendido,
 no le otorgó que á la paloma hiriese;
 y solo en el cordel de que pendía
 atada por el pié tocó la flecha,
 y le cortó. La tímida paloma
 al cielo huyó volando y en el suelo
 cayó el cordel, y los Aquivos todos
 mucho á Teucro aplaudian. Meriões
 arrancó luego el arco de la diestra
 de su rival; y al nervio acomodada
 la flecha que tenía de antemano
 ya preparada, y ofreciendo pio
 al flechador Apolo una hecatombe
 de tiernos corderillos, por el aire
 la dirigió á la nube en que meterse
 á la paloma viera. Y acertóla
 á pesar de los giros tortuosos
 que en su volar hacía y por debajo
 la hirió del ala, y á sus piés la flecha
 volvió á caer. Atolondrada el ave
 con el dolor, al mástil del navío
 bajó triste á posarse, pero pronto
 inclinó el cuello y extendió las alas
 y el alma huyó veloz, y ya sin vida
 cayó lejos del árbol. Los Aquivos
 atónitos quedaron y gozosos;
 y las diez grandes hachas Meriões

tomado habiendo, con las diez pequeñas
 encaminóse Teucro á sus navíos.

Mandó despues Aquiles que trajesen
 una robusta lanza y un caldero
 que el fuego aún no manchara, cincelado
 en variada labor, y que valia
 tanto como una vaca. Dos caudillos
 en arrojar la pica ejercitados
 salieron á la prueba: el poderoso
 Agamenon de Atreo, y Meriões.
 Mas al verlos Aquiles, al Atrida
 así dijo en palabras cariñosas:

«¡Hijo de Atreo! indecoroso fuera
 »que á disputar el premio te humillases.
 »Sabemos que en grandeza y poderío
 »á todos aventajas; y sabemos
 »que en vigoroso brazo y en destreza
 »para no errar el tiro de tu lanza,
 »eres también de todos el primero.
 »Recibe el premio, pues, y á los navíos
 »vuelve con él; y al bravo Meriões
 »demos también la pica, si te agrada.
 »Esto yo te propongo.» Conformóse
 el Atrida; y habiendo dado Aquiles
 á Meriões la robusta lanza,
 el Rey tomó el caldero cincelado
 y en las manos le puso de Taltibio
 para que á sus navíos le llevase.